



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Markarian, Vania

Universidad, izquierda y Guerra Fría en el Uruguay de los sesenta



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Markarian, V. (2023). *Universidad, izquierda y Guerra Fría en el Uruguay de los sesenta*. *Revista Intercambios*, 8(1), 48-61. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5231>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Universidad, izquierda y Guerra Fría en el Uruguay de los sesenta



Vania Markarian

Doctora en Historia Latinoamericana (Columbia University, 2003) y Licenciada en Ciencias Históricas (Udelar, 1996). Es Profesora Titular en el Archivo General de la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores (Nivel III). Fue Presidenta de la Asociación Uruguaya de Historiadores. Ha sido profesora invitada en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, New York University, Columbia University, City University of New York, Princeton University, Universidad Nacional de General Sarmiento, Universidad Federal de Minas Gerais y el CLAEH. Tiene numerosas publicaciones sobre el período de la Guerra Fría de Uruguay y Latinoamérica, entre las que se destacan *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1967-1984)* y *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, ambos publicados también en inglés.

Aunque a veces nos parezca una prehistoria inverosímil, hubo un tiempo no tan lejano en el que los académicos expresaron serias prevenciones sobre la pertinencia de aceptar financiación extranjera para llevar adelante sus investigaciones. Es cierto que el tono de sus debates se volvió con frecuencia paranoico y por momentos persecutorio, pero también es verdad que en general se preocuparon por analizar minuciosamente los condicionamientos que podrían venir asociados a esas ofertas. Algunas veces, incluso, terminaron rechazando tentadores auspicios de organizaciones internacionales y gobiernos extranjeros.¹ Nada de esto tendría demasiado interés si sólo los hubiera dejado más pobres y aislados. Lo fascinante del caso es que esas consideraciones y contiendas llevaron a muchos a pensar a contrapelo de lo que las organizaciones y gobiernos aconsejaban y a proyectar alternativas sobre qué debían hacer las instituciones del conocimiento de un país pequeño y poco poderoso para cumplir funciones sociales. Lo inquietante es que no lograron llevar adelante casi nada de lo que planificaron y tuvieron que esperar muchos años para volver siquiera a mencionar esa posibilidad. Todo eso ocurrió también en Uruguay hace poco más de medio siglo y de eso trata mi último libro.

Efectivamente, a mediados de los años sesenta del siglo pasado florecieron en la Universidad de la República (Udelar), por entonces la única universidad del país, las polémicas entorno a la recepción de fondos externos para proyectos científicos. Una y otra vez, casi sin descanso, los universitarios uruguayos cruzaron argumentos a favor y en contra de recibir ayuda financiera del exterior para sus actividades de investigación y docencia. Esos cruces catalizaron posiciones sobre la orientación general que debía darse a la casa de estudios en el marco de discusiones similares en América

¹ Este texto es una versión adaptada de la introducción al libro de Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares: dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.

Latina y el mundo acerca del papel social de las instituciones de educación superior. Mi libro reconstruye esas intersecciones y clivajes en dos extensas polémicas que traspasaron los espacios estrictamente institucionales hacia el debate público en tertulias, foros y medios de prensa nacionales. En ellas intervinieron muchos de los más famosos hombres de las ciencias y las letras de entonces (pero casi ninguna de las mujeres), así como sus jóvenes discípulos, un puñado de editores, periodistas y gestores culturales, varios militantes y dirigentes políticos y algunos itinerantes funcionarios internacionales.

El primer intercambio tuvo como foco un programa de formación en ciencias básicas con fondos de la Organización de Estados Americanos (OEA) en el local de la Facultad de Ingeniería y Agrimensura en 1965. A través de su análisis es posible ver cómo la asociación de un enérgico grupo estudiantil de encendida retórica antiimperialista con el sector docente más crítico de las autoridades de esa facultad logró desafiar la orientación profesionalista preponderante hasta entonces en la Udelar. Los debates sobre las modalidades de financiación de la actividad científica fueron centrales en esa dirección porque plantearon de modo palmario la necesidad de definir autónomamente las prioridades de la institución. Hacia mediados de la década, esa unión de capacidades e intereses logró, primero, imponerse en el gobierno central universitario, y casi enseguida, iniciar la renovación de las formas de enseñanza, investigación y práctica profesional de la ingeniería en el país. Aunque esta provechosa alianza pronto naufragó bajo el fuego cruzado de diferentes demandas políticas, la acumulación de luchas compartidas fue un espacio de aprendizaje para las dos generaciones y sustentó el programa de reforma universitaria integral de la Udelar más ambicioso hasta el momento (el llamado “Plan Maggiolo”).

La segunda polémica comenzó con un seminario sobre “elites latinoamericanas” auspiciado por el Congreso por

la Libertad de la Cultura (CLC), también en 1965, y atravesó los esfuerzos de profesionalización de las ciencias sociales. La colaboración con algunos de los más reconocidos cultores de esas disciplinas en el continente pareció augurar la diligente profesionalización de sus prácticas en el país. Sin embargo, la denuncia de la CIA como principal financiadora del CLC vino a cuestionar las formas de trabajo y los propósitos de unos campos disciplinares que, desde las tradiciones anglosajonas, proclamaban su superioridad frente a otras formas de conocimiento de lo social. Estas pujas estuvieron enmarcadas, a su vez, en una serie de escándalos regionales sobre la afluencia de dinero de agencias del gobierno de Estados Unidos para estudiar los vínculos del desarrollo social y económico de los países dependientes con el estallido de experiencias revolucionarias. La polémica que nos ocupa contribuyó a la erosión del “tercerismo” de muchos intelectuales uruguayos que terminaron de abandonar esa altiva posición de equidistancia de los poderes dominantes de la Guerra Fría para decantarse por la opción revolucionaria que ofrecía Cuba o embarcarse en los proyectos modernizadores de Estados Unidos. Ese fue uno de los propósitos declarados del desembarco del CLC en Montevideo y sus alianzas con sociólogos y promotores culturales de peso en el medio. Cuando la trama quedó al descubierto, una novel generación de cientistas sociales trató de tomar la posta para generar una “sociología nacional” que combinara los nuevos métodos científicos con el compromiso hacia el cambio social. También este proyecto se vio frustrado en medio de la polarización política de esos años.

Los ejemplos podrían haber sido otros y, de hecho, algún otro incidente contemporáneo se retoma en el libro para ofrecer un panorama más amplio y contundente de la importancia de estas polémicas universitarias en la conformación de identidades políticas e intelectuales en el Uruguay de esa época. En todos los casos, el análisis trata de sostener dos afirmaciones que se pretenden audaces. En primer lugar, se postula que, de modo algo pa-

radójico, la aguda politización de los debates sobre esos temas, fundamentalmente en andas del fervor anti imperialista de ciertos grupos estudiantiles, coadyuvó a la definición de políticas científicas, la institucionalización de diferentes disciplinas y la articulación de proyectos globales de reforma universitaria, seguramente los más audaces que conoció la institución en la segunda mitad del siglo veinte. Se afirma, en segundo lugar, que esos acalorados intercambios concurririeron a la trabajosa cimentación de un programa más o menos articulado de cambio social gracias al acercamiento de diversas tradiciones y generaciones de militantes. Se da un paso más y aventura que esos encuentros fueron, en última instancia y no sin vaivenes y múltiples mediaciones, conducentes a la unificación de los sectores de izquierda en la coalición Frente Amplio de cara a las elecciones nacionales de 1971. En ambos casos, se trata de recrear la contingencia de un tiempo histórico que ha quedado signado por el golpe de Estado de 1973, es decir, por la pronta cancelación autoritaria de los diferentes proyectos de transformación social que proliferaron entonces. Sin incurrir en el extremo de arriesgar un condicional contrafáctico (del tipo “qué hubiera pasado si...”), se busca abrir un espacio para pensar las posibilidades académicas y políticas de un conjunto de debates que no pudo llegar a desplegar-se en toda su plenitud y de cuya cancelación es tributario nuestro presente.

En pos de desarrollar las herramientas analíticas pertinentes para lidiar con este haz de problemas y temas, el análisis se rehusa a inscribirse en un único campo de estudios o, quizás más precisamente, elige posicionarse en la intersección de dos frondosas tradiciones de la historia cultural y política de América Latina en el siglo XX. Por un lado, es claro que abreva en la historia de la educación superior en las múltiples versiones y enfoques que se han desarrollado en Uruguay y en la región: desde viejas líneas afines a la filosofía y a la historia de las ideas hasta los más recientes esfuerzos de comprensión de las insti-

tuciones del conocimiento desde una renovada historia intelectual. Por otro, es ineludible ubicarlo en el más rico y por tanto más inaprensible campo de los estudios del “pasado reciente”, el que desde nuestro presente parece más traumático y que en nuestros países del Cono Sur de América Latina es ya casi sinónimo del marco conceptual y temporal de la Guerra Fría a nivel global. En el cruce de esas dos acumulaciones se va dibujando un enfoque que reconoce como fundantes las contribuciones que a continuación enumero de modo más que somero para no aburrir a los lectores.

En relación al terreno fértil de la historia de la educación superior (que en estos parajes ha sido generalmente de las universidades), los antecedentes más afines temáticamente han estado casi siempre centrados en rastreos de trayectorias institucionales, concepciones pedagógicas, escuelas científicas y corrientes de pensamiento, muchas veces desde una perspectiva colindante con las viejas modalidades de la historia de las ideas en sus búsquedas de orígenes, genealogías, grandes nombres, obras e hitos.² En el seno de ese noble linaje, este trabajo reconoce sus lejanas raíces en la producción del filósofo Arturo Ardao y dialoga animadamente con la obra que Blanca París y Juan Antonio Oddone produjeron hace más de medio siglo atrás tras las huellas de ese maestro.³ Pero, a

² Para una acertada evaluación de las preferencias de la historia de las ideas para el caso francés, que bien pueden aplicarse a sus cultores latinoamericanos, ver P. Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)”, *Prismas* 6, 2002, pp. 123-133. Recuperado de: https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Rosanvallon_prismas6. Por un panorama de lo que se considera “historia de la educación” en el mundo académico anglosajón, ver G. McCulloch (ed.), *The Routledge Falmer Reader in History of Education*, Nueva York, Routledge, 2005.

³ Ver A. Ardao, *La Universidad de Montevideo: su evolución histórica*, Montevideo, Udelar, 1950. A. Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950. A. Ardao, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Montevideo, Udelar, 1962. B. París de Oddone, *La Universidad de la*

diferencia de esos señeros mojones, no aspira a presentarse como una historia de la Universidad de la República. Por el contrario, se trata deliberadamente de seguir un camino alternativo al recorte de objeto y enfoque de esos historiadores. Se busca, especialmente, tomar distancia de su concepción de la institución como un actor unificado que, de modo fundamentalmente teleológico, habría encarnado, casi que desde su fundación a mediados del siglo XIX, los principios de la generación que consagró el cogobierno y la autonomía en los años 50 del siglo XX, en episódica y épica confrontación con los poderes políticos de turno (promoción a la que, no está de más recordar, pertenecieron esos destacados autores).⁴ No fue fácil articular una crítica verosímil a esa forma de pensar a la que era entonces la única institución de educación superior del país, tanto por la erudición de esas obras fundantes como por su carácter pionero y hasta hace muy poco exclusivo en el abordaje de su objeto. A su vez, esos aportes deben entenderse, precisamente, desde el lugar monopolístico y central que ocupó la Universidad de la República en nuestra historia intelectual, tal como sugirió Tulio Halperín Donghi al reconocer la primacía de los antecedentes uruguayos en su también precursora *Historia de la Universidad de Buenos Aires*.⁵ A

República en la formación de nuestra conciencia liberal, Montevideo, Udelar, 1958. J. A. Oddone y B. París de Oddone, *Historia de la Universidad de Montevideo: la universidad vieja, 1849-1885*, Montevideo, Udelar, 1963. B. París de Oddone, *La universidad uruguaya entre el militarismo y la crisis, 1885-1958*, Montevideo, Udelar, 1971. El período posterior fue abordado por París en los años de 1990 y quedó inédito a su muerte en 2008. Fue luego editado como *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Udelar, 2010.

⁴ Una visión más concisa y descarnada de esa concepción, escrita desde el exilio de su autora, se puede leer en B. París de Oddone, *La universidad uruguaya: historia de una vocación autónoma, 1849-1958*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1979.

⁵ Ver T. Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962. La obra de Halperín tuvo pocas continuaciones hasta los cuidadosos trabajos de Pablo Bu-

más de 30 años de que Udelar perdiera esa exclusividad con la fundación de la Universidad Católica del Uruguay (UCU) en 1984 y a largos 50 de que París y Oddone produjeran esa primera exploración de su historia, parecía hora de intentar trascender el cerco del enfoque institucional y frecuentemente monolítico de su análisis.

Tal ha sido, en los últimos tres lustros, la osada empresa del equipo de investigadores del Archivo General de la Universidad de la República, donde nació y se desarrolló mi trabajo. La primera meta fue ampliar sustancialmente la base documental que en su momento ordenaron esos mismos autores para poder escribir sus copiosos volúmenes. La recopilación de dos decenas de archivos privados de docentes destacados da fe de ese esfuerzo.⁶ Tratamos, en seguida, de asentar nuestras investigaciones en una lectura atenta de la acumulación existente, pero también en diálogo con un campo interdisciplinar y más interconectado por otros aportes de la historiografía social, política y cultural del país y la región. Hemos intentado, sobre todo, indagar en los conflictos internos de la institución, las superposiciones de intereses y las contradicciones en las formas de entender sus funciones, no como perversiones puntuales de un camino conducente a la realización de algunos principios colocados fuera de su historia, sino como parte integral de una trayectoria contingente que solo puede entenderse a partir de esas

chbinder sobre el conjunto de las universidades argentinas. Ver P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2005.

⁶ Ver listado y descripción de estas colecciones documentales en el sitio del Archivo General de la Universidad de la República (Udelar), "Fondo histórico", 2 de enero del 2023. Disponible en: <https://agu.udelar.edu.uy/fondo-historico/> Los fondos ordenados por París y Oddone fueron trasladados al Archivo General de la Nación (AGN) durante el período de la intervención de Udelar. Para conocer una breve historia de la recomposición del archivo universitario, ver V. Markarian, "El Archivo General de la Universidad de la República: una experiencia de aprendizaje de conservación e investigación con documentos históricos", *Alteheia*, vol. 6, nro. 11, octubre 2015.

tensiones. Reconociendo que una nueva obra de síntesis no es posible desde esas preocupaciones, mi trabajo es, con aciertos y errores, el fruto meditado de ese atrevido y respetuoso empeño por ir más allá de las piezas fundantes de nuestra historia institucional.

En esa búsqueda y sus hallazgos ha sido central el encuentro con indagaciones desarrolladas en la región con el propósito de inscribir a las instituciones del conocimiento en los cuadros más abarcadores de una nueva historia intelectual, preocupada tanto por la producción y circulación de las ideas, por sus redes materiales y formas de sustentación, como por las interconexiones entre los campos del saber y del poder en diferentes contextos históricos. Luego de mencionar los estudios ya ineludibles de Silvia Sigal y Oscar Terán, me amparo bajo el paraguas que abrió Carlos Altamirano desde el programa de historia intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes porque allí se articularon algunas preocupaciones antes dispersas sobre la importancia de los intelectuales en la historia social y política del continente.⁷ Ese espacio de intercambio me ayudó a pensar críticamente un asunto, el de las formas de financiación y organización de la actividad intelectual, que interpela directamente las prácticas historiográficas que dan sustento a este texto y compele a develar sus lugares de enunciación. Mi enfoque se ha nutrido particularmente de la disposición cuestionadora hacia las universidades y los universitarios

latinoamericanos de quienes enfrentaron con valentía el caudaloso cauce del llamado “reformismo universitario”, de legendario origen en Córdoba en 1918 y rápida difusión por el subcontinente. Reafirmé así mi voluntad de pensar críticamente esa tradición típicamente latinoamericana y sus derivas en Uruguay, así como de reinterpretar la literatura ya clásica sobre esos asuntos, producida desde un inicio por quienes se proclamaban sus herederos.⁸

En todos los casos, el esfuerzo más grande se dirigió a explicitar los velos que las inserciones institucionales y herencias culturales del presente interponen al estudiar las de otros universitarios en el pasado. Por supuesto que la inspiración obligada de este ahínco es el proverbial *homo academicus* donde Pierre Bourdieu dirigió toda su agudeza analítica y su capacidad interpretativa a su propio grupo, el de los profesores universitarios franceses, para recordarnos que el poder académico y el prestigio intelectual son, a la vez, armas y objetos de pugna dentro de las universidades. El sociólogo demostró así que el campo de la universidad, denificado como un conjunto de relaciones entre las varias posiciones y disciplinas resultantes de la distribución de esas formas de capital y poder, es el lugar de una batalla constante destinada a alterar su misma estructura.⁹ Desde esa perspectiva se percibe más claramente que las tensiones entre politización y autonomía académica han sido constitutivas de los procesos de institucionalización disciplinar, no solo en las ciencias sociales, pero en éstas de modo particularmente evidente. Los estudiosos de esos procesos en

⁷ Ver S. Sigal, *Intelectuales y poder en la Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. O. Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993. Por el enfoque del programa orientado por Altamirano, ver C. Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; C., Altamirano, “De la historia política a la historia intelectual: reactivaciones y renovaciones”, *Prismas* 9, 2005, pp. 11-18; y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales I: la ciudad letrada de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008 y C. Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina II: los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

⁸ Ver A. C. Agüero y A. Eujanian (eds.), *Variaciones del reformismo: tiempos y experiencias*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario/hya ediciones, 2018. Este volumen integra una colección de 7 tomos llamada “Dimensiones del reformismo” que, bajo la dirección de Alejandro Eujanian, Natacha Bacolla y Diego Mauro, comparte ese espíritu crítico.

⁹ Ver P. Bourdieu, *Homo academicus*. Buenos Aires, Siglo XXI, [1984] 2008.

nuestras costas han enfatizado suficientemente hasta qué punto las prácticas académicas y las construcciones institucionales de la Sociología y los sociólogos latinoamericanos deben entenderse en la urdimbre de las mismas sociedades que intentaron explicar y en las tramas transnacionales de unos saberes que fueron ganando preponderancia a nivel global y otorgando legitimidad a sus cultores frente a otras formas de pensar lo social en los años que nos ocupan.¹⁰

Mi trabajo asume ese desafío al tratar de pensar las condiciones de posibilidad de los diferentes espacios disciplinares, la naturaleza de sus formas de producir conocimiento y sus siempre complejas relaciones con las políticas públicas y los aspectos más oscuros del poder político, especialmente, en este caso, las políticas imperiales de Estados Unidos.¹¹ Trata de no perder de vista, a su vez, que los procesos de modernización académica pueden llevarse a cabo bajo diferentes signos político-ideológicos y en ambiguas relaciones con aspiraciones de reforma institucional de muy variado sustento doctrinario.¹² Esto nos remite nuevamente a Pierre Bourdieu y su “teoría de los campos”. Para éste autor, un “campo” es un

espacio social de acción, es decir, una configuración de relaciones sociales o, en sus palabras, “un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha”.¹³ Queda claro de esta forma que los campos culturales, intelectuales o académicos se constituyen como espacios sociales relativamente autónomos, pero atravesados por relaciones de poder que los trascienden. En el periodo considerado en este trabajo, se los concebía simultáneamente como arena de lucha, herramientas de cambio y terrenos de experimentación de la nueva conciencia que habría de acompañar las transformaciones sociales que se creían inminentes. El desafío es entonces percibir las múltiples tensiones entre las propuestas innovadoras que iban apareciendo en esos campos y algunos de los proyectos de cambio que signaron esa etapa en América Latina, marcada tanto por la conciencia de vivir una era revolucionaria en el orden social y económico como por “la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura”, en palabras de Claudia Gilman.¹⁴

Otras formas de comprensión de los intelectuales y las instituciones del conocimiento en Uruguay han sido más marginales en la construcción de mi enfoque. Me refiero tanto las vertientes contemporáneas de la Sociología de la Educación como los varios estudios que han apuntado a reconstruir la trabajosa creación de sistemas integrados de ciencia y tecnología, o a examinar la relación de éstas con el sector productivo y las políticas públicas.¹⁵ En este

¹⁰ Ver F. Beigel (ed.), *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico, Chile y Argentina, 1950-1980*, Buenos Aires, Biblos, 2010. Ver también A. Blanco, *Razón y modernidad: Gino Germani y la Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. A. Blanco y L. C. Jackson, *Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina, 1930-1970*, Buenos Aires, UNQ Editorial, 2015. A. Blanco y A. Brasil Jr, “A circulação internacional de Florestan Fernandes”, *Sociologia & Antropologia*, vol. 8, nº 1, 2018.

¹¹ Ver D. H. Price, *Cold War Anthropology: The CIA, the Pentagon, and the Growth of Dual Use Anthropology*, Durham N.C., Duke University Press, 2016 y M. E. Latham, *Modernization as Ideology: American Social Sciences and “Nation Building” in the Kennedy Era*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2000.

¹² Ver R. Patto Sá Motta, *As universidades e o regime militar: Cultura política brasileira e modernização autoritária*, Rio de Janeiro, Zahar, 2014.

¹³ P. Bourdieu, “Algunas propiedades de los campos”, *Campo de poder, campo intelectual: Itinerario de un concepto*, Buenos Aires, Quadrata, 2003, p. 120.

¹⁴ C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 33 y 35-56.

¹⁵ Ver R. Arocena y J. Sutz, “Personajes en busca de un destino: ciencia, tecnología e innovación en el Uruguay contemporáneo”, G. Caetano (ed.), *20 años de democracia, Uruguay 1985-2005: miradas múltiples*, Montevideo, Taurus, 2005. A. Garcé,

recuento de antecedentes sería posible incluir también algunas monografías sobre asuntos puntuales (centros, disciplinas y coyunturas), muchas veces realizadas con la intención de subrayar trayectorias y logros.

Con respecto al campo más aluvional y frondoso de la historia reciente latinoamericana, mantengo una relación tan estrecha como deliberadamente crítica y por momentos exasperada. Trato de distanciarme, en particular, de un modo de explicación demasiado pegado a los avatares políticos que determinaron las crisis de los modelos democráticos de la segunda postguerra, la resultante polarización y la final frustración de todo programa de cambios en las dictaduras y la brutal represión de las décadas siguientes. Estos énfasis no son caprichosos. Se entienden porque el campo de estudios de lo que en el Cono Sur seguimos denominando “pasado reciente” se desarrolló en sus comienzos para dar cuenta de la instalación de los “nuevos autoritarismos” de los años 60 y 70, y mantuvo esa disposición al menos hasta las recuperaciones democráticas de los 80 y 90, por encima de la sucesiva predominancia de las diferentes disciplinas y enfoques temáticos.¹⁶ En relación a las izquierdas, esa literatura, inicialmente escrita por los propios protagonistas, ha estado excesivamente centrada en las dimensiones sobre la lucha armada y el tema de las “vías” revolucionarias con extensas disquisiciones sobre las visiones entre “viejas” y “nuevas” izquierdas, una fastidio-

sa atención a las trayectorias institucionales, los cismas y reagrupamientos, un exhaustivo balance de ideologías y doctrinas y una suerte de obsesión con la influencia de la Revolución Cubana y el papel de su dirigencia en esos procesos a escala continental.¹⁷ De alguna manera, esa literatura funcionaba como una justificación (en ocasiones una disculpa) meditada y muchas veces documentada de su papel en esos acontecimientos, generalmente enfocada en los aspectos más traumáticos o espectaculares. Otra vez, los acentos no son antojadizos, sino que expresan las inquietudes de una memoria militante que ha buscado hilar en el presente las razones de tantas derrotas y reconversiones. Pero, de nuevo, a más de medio siglo de todo eso, salta a la vista que esta restricción del abanico de asuntos en disputa ha terminado por empobrecer nuestra comprensión de la diversidad de formas de entender y promover las transformaciones sociales que estuvieron en juego en esa época.

Claro que estas inquietudes e insatisfacciones con esas primeras explicaciones no me son exclusivas ni resultan a esta altura tan novedosas. Hace ya más de una década que se vienen expresando en una nueva línea de análisis de la historia de las izquierdas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX, con copiosos ejemplos en todo el continente, que busca ampliar las intersecciones entre cultura y política para entender la variedad de modos posibles de cuestionar el orden establecido y enfrentar críticamente la expansión del capitalismo estadounidense en las sociedades de la posguerra.¹⁸ Los estudios sobre

Ideas y competencia política en Uruguay, 1960-1973: revisando el “fracaso” de la CIDE, Montevideo, Trilce, 2002. Los artículos de M. L. Martínez, A. Davyt y A. Chiancone recogidos en *Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en el Uruguay contemporáneo, 1911-2011*, Montevideo, Agencia Nacional de Investigación e Innovación, 2012.

¹⁶ Por una visión panorámica de la evolución de ese campo de estudios en Uruguay, ver A. Marchesi y V. Markarian, “Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay”, *Contemporánea* 3, 2012. Por Argentina, ver M. Franco y F. Levín (eds.), *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

¹⁷ Por un enfoque de este tipo para el conjunto del continente, ver Jorge Castañeda, *Utopía Unarmed, The Latin American Left After the Cold War*, Nueva York, Vintage Book, 1994. Por llamados a la renovación de esos enfoques, ver E. Zolov, “Expanding our conceptual horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *A contracorriente*, vol. 5, nro. 2, 2008, pp. 47-63 y V. Markarian, “Sobre viejas y nuevas izquierdas: Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968”, *Secuencia*, 81, septiembre/diciembre 2011, pp. 161-186.

¹⁸ Por nombrar solo algunos de esos ejemplos recientes: V.

movimientos juveniles, especialmente los universitarios, son una rama arborescente de esta regeneración. En trabajos anteriores me inspiré en la abundante bibliografía que, sobre todo desde Estados Unidos, ha relacionado con éxito los cambios en las costumbres y modos de sociabilidad de los jóvenes nacidos luego de la Segunda Guerra Mundial —en medio de profundas modificaciones de la estructura y los valores familiares— con la irrupción de movimientos de protesta en torno a demandas políticas y la masificación de algunas formas de resistencia contracultural.¹⁹ Esa perspectiva volvió a influirme para pensar las particulares formas de acción de los estudiantes uruguayos en las polémicas sobre financiación y organización de la actividad científica.

En su conjunto, esta producción renovada sobre las izquierdas y los movimientos de protesta tiene amplias zonas de contagio con los nuevos estudios de la Guerra Fría en América Latina.²⁰ Uno de los rasgos más intere-

santes de esos estudios es la ampliación del marco cronológico que permite integrar la radicalización política y la instalación de autoritarismos de nuevo tipo dentro del despliegue más largo y lento de la Guerra Fría, y aun recuperar sus fundamentos en tiempos y rivalidades anteriores. Otra de sus características es un movimiento de escalas que permite enfocarse en las rearticulaciones a nivel local de ese conflicto global y en las circulaciones transnacionales de personas e ideas en esos contextos, con cierto margen de autonomía de sus motivaciones con respecto a los designios directos de Estados Unidos y la Unión Soviética, los dos poderes dominantes del momento. Esa ampliación de los espacios y tiempos ha ido acompañada por la incorporación de nuevas dimensiones y actores en un enfrentamiento antes frecuentemente restringido a las estrategias globales de esas dos potencias.

Los estudios sobre lo que se ha denominado “Guerra Fría cultural” han sido particularmente sugerentes en ese sentido.²¹ Una serie de enfoques centrados en episodios y organizaciones me ha permitido insertar conclusiones sobre las formas de financiación de la actividad universitaria uruguaya en un relato documentado y matizado acerca de las formas de actuación de los diversos centros de poder involucrados en ese conflicto y de sus intersec-

Markarian, *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molo-tovs y música beat*, Buenos Aires, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, 2012; P. Barr-Melej, *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics in the Road to Socialism and Dictatorship*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2017; y A. Marchesi, *Hacer la revolución: Guerrillas latinoamericanas de los sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

¹⁹ Ver V. Markarian, *El 68 uruguayo*. Entre esas influencias, ver por ejemplo para el caso de Estados Unidos, Douglas C. Rossinow, *The Politics of Authenticity: Liberalism, Christianity, and the New Left in America*, Nueva York, Columbia University Press, 1998 y D. Farber (ed.), *The Sixties: From Memory to History*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 1994; y para América Latina, V. Langland, *Speaking of Flowers: Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*, Durham N.C., Duke University Press, 2013 y V. Manzano, *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2014.

²⁰ Una genealogía impresionista de esa renovación podría arrancar con Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004, seguir con los artículos recopilados en el libro de G. M. Joseph y D. Spenser (eds.), *In from the Cold: Latin Ameri-*

ca's New Encounter with the Cold, Durham N.C., Duke University Press, 2008, hacer ancla en el más abarcativo volumen de Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Londres, Cambridge University Press, 2007 y reconocer nuevos resultados monográficos en Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter American Cold War*, Chapel Hill N.C., The University of North Carolina Press, 2011.

²¹ Como ejemplo de estos estudios trazo un arco que va del pionero estudio de Frances Stonor Saunders, *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*, Nueva York, The New Press, 1999 hasta la recopilación panorámica sobre América Latina de B. Calandra y M. Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina: Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

ciones con los intelectuales y artistas latinoamericanos.²² De todas estas aproximaciones me interesa destacar una visión que trasciende concepciones mecanicistas sobre el “imperialismo cultural” para entender los intereses imperiales, sobre todo de Estados Unidos, en sus profundas imbricaciones y vínculos de mutua conveniencia con diversos actores de la sociedad y la cultura a nivel local.²³

Ubicándose entonces en la intersección entre una historia de las instituciones educativas renovada por la historia intelectual y unos estudios del pasado reciente inserto en el campo más amplio de la Guerra Fría, mi trabajo aborda las relaciones entre las izquierdas y la reforma de la educación superior en el Uruguay de los 60 a partir del análisis detallado de las polémicas sobre financiación externa de programas académicos. Al entrar en tema, comencemos por decir que el nivel de beligerancia que expresaron esos debates fue la principal señal de alerta que me llevó a tratar de desentrañar su importancia en el campo intelectual de la época. El tono resultaba todavía más sorprendente al constatar que no estábamos frente a la irrupción de una temática nueva para los universitarios y otras personas interesadas en los temas educativos. Por el contrario, esos asuntos habían sido parte integral

²² Ver A. Petra, “El Proyecto Marginalidad: Los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Políticas de la Memoria* 8/9, 2008, pp. 249-260; M. Plotkin, “U.S. Foundations, Cultural Imperialism, and Transnational Misunderstandings: The Case of the Marginality Project”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 47 nro. 1, 2015, pp. 65-92; K. Jannello, “Redes intelectuales y Guerra Fría: La agenda argentina del Congreso por la Libertad de la Cultura”, *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea* 1, 2014, pp. 60-85; y P. Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

²³ Los debates sobre “imperialismo cultural” tampoco son nuevos. Para una introducción a los mismos, ver J. Tomlinson, *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991. Por un texto fundante de los nuevos enfoques, ver G. M. Joseph, C. LeGrand y R. Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham N.C., Duke University Press, 1998.

de la construcción de un nuevo orden internacional en la segunda posguerra y, por ende, de la formulación de políticas públicas de los Estados nacionales de todo el globo. De la mano de los desarrollismos y las teorías de la modernización en boga en Estados Unidos, muchos intelectuales y políticos involucrados en estos procesos adhirieron a la idea de que las instituciones del conocimiento eran factores esenciales para el desarrollo económico y social de sus países.²⁴ De acuerdo a esta lógica, la reforma de las universidades para promover el cultivo de la ciencia y la tecnología en base a estándares internacionales, constituía la piedra de toque del cambio social, también en las regiones más pobres del planeta. Esta línea de razonamiento, con sus matices y declinaciones ideológicas, políticas y culturales, atravesó la creación de organizaciones como la UNESCO y la convocatoria a numerosas conferencias sobre educación, ciencia y tecnología, fundamentó extensos programas de apoyo internacional a programas de investigación llevados adelante por diversas fundaciones y estuvo presente incluso en las plataformas de varios movimientos nacionalistas y anti-coloniales de los años 50 y 60.

Efectivamente, las fuentes primarias de esas décadas evidencian la creciente importancia de esos asuntos en el debate público de los diferentes países. En Uruguay, sin embargo, se ha prestado escasa atención a su impacto en la conformación de un campo intelectual casi siempre asimilado a las letras, las artes y las humanidades en sentido lato, en desmedro de sus vínculos con otras áreas de la creación cultural. De hecho, los hitos y periodizaciones de esa época han sido determinados en base a la actividad literaria de la llamada “generación del 45”, “generación crítica” o “generación de las revistas”, con sus derivas

²⁴ Para adquirir una visión general de aquellas visiones de modernización y sus antecedentes coloniales e imperiales, consultar D. C. Engerman, N. Gilman y M. E. Latham, *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2003.

políticas, sin atender específicamente a sus conexiones con otras disciplinas, sus instituciones y espacios de socialización y producción de conocimiento. En el señero estudio de esa etapa, Ángel Rama –integrante y exégeta de esa generación– enumera algunos aportes de las áreas sociales y humanas (Sociología, Economía, Historia) y sus contemporáneos procesos de renovación, pero no menciona siquiera otros campos científicos.²⁵ El papel de la Universidad de la República también es referido de modo ocasional, pero escapa al análisis sistemático, por más que en ella revistaron como docentes muchos de los mismos intelectuales en un período en que esa calidad se definía en tensas relaciones con las de “académico” y “técnico”, dos rótulos que los “científicos” también podían disputar.²⁶

Una mirada atenta a esos temas permite descubrir un panorama diferente. Detecta, por ejemplo, que el prestigioso semanario *Marcha* –que nucleaba desde 1939 a los intelectuales y críticos más importantes de la generación recién referida– fue dedicando cada vez más espacio a cubrir el desarrollo de la investigación en el país y en el mundo, habriendo una sección que, bajo el nombre “Científicas”, presentaba análisis, y también novedades más o menos curiosidades sobre esos asuntos. Un cierto entusiasmo sobre el impacto de la ciencia en la vida co-

tidiana y las posibilidades a futuro permeaba estas notas de ascendente regularidad hasta los 60, junto con visiones críticas sobre lo que debía hacerse para mejorar la situación nacional.²⁷ En un sentido similar, cabe señalar que tanto *Marcha* como otros periódicos de circulación nacional mantuvieron en esa etapa una cobertura permanente de la interna universitaria, generalmente relacionada con temas políticos más amplios, pero también como espacio clave de producción de conocimiento y cultura en el país.

Recordemos una vez más que la Udelar era entonces la única institución de educación superior en Uruguay, lo cual la ponía en un lugar central de todas las controversias educativas. En la década que nos ocupa, triplicó su población estudiantil y duplicó su oferta curricular al tiempo que se consolidaba en su dirección el sector que había propulsado la Ley Orgánica de 1958 logrando democratizar los modos de funcionamiento mediante la consolidación del cogobierno, consagrando la autonomía administrativa, académica y presupuestal del poder político e incrementando el rango de acciones sociales de la institución.²⁸ El ascenso de esos sectores, que podríamos llamar “reformistas” por sus apelaciones más o menos directas al legado de Córdoba, encontró múltiples resistencias internas y externas. Por un lado, quie-

²⁵ Ver Á. Rama, “La generación crítica, 1939-1969”, en AA.VV., *Uruguay hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. Consultar también E. Rodríguez Monegal, *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Alfa, 1966 y los posteriores trabajos de Pablo Rocca, incluyendo su *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006.

²⁶ Por este tema, ver M. E. Jung, “Nuevos saberes, nuevas profesiones, nuevos técnicos: usos y sentidos de un término en disputa, 1955-1973”, *Políticas de la Memoria* 18, 2019. Una reciente excepción relacionada con el campo de las artes y la arquitectura y sus enclaves universitarios es el libro de Gabriel Peluffo, *Crónicas del entusiasmo: arte cultura y política en los sesenta, Uruguay y nexos rioplatenses*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2018.

²⁷ Ver el segundo suplemento relativo al vigesimoquinto aniversario del Semanario, enteramente dedicado a “Ciencia, religión y enseñanza” y con sendos artículos sobre el primer eje de la pluma de Arturo Ardao, Rodolfo Tálice, Germán Villar y Alfonso Frangella, en *Marcha*, 12 de junio de 1964.

²⁸ No hay estudios sistemáticos anteriores a 1960. Los datos disponibles indican que la población estudiantil creció de 7.000 en los años 50 a 15.320 según el censo de 1960, y 18.610 en 1968. Ver M. Otero, *El sistema educativo y la situación nacional*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1969. Dirección General de Planeamiento, *Datos básicos del VII censo de estudiantes universitarios de grado*, Montevideo, Udelar, 2012. Para conocer el panorama de los cambios institucionales en este período, ver Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención*, Montevideo, Universitarias, 2010.

nes habían respaldado esos cambios no constituían un grupo homogéneo y, aun haciendo acuerdo en los principios básicos de la carta orgánica, diferían sobre su significado preciso para la orientación de la institución en el futuro inmediato. Permanecían abiertos, por ejemplo, los debates sobre la reformulación de la estructura, especialmente en lo concerniente al lugar de la investigación en una universidad que siguió estando organizada federativamente en facultades de marcada orientación profesionalista. El ataque a ese viejo modelo activó, además, a los sectores que derivaban su prestigio académico y su poder político de esa misma forma de organización que los más comprometidos con la idea de una institución dedicada primordialmente a la investigación trataban ahora de modificar.

Por otra parte, el acceso directo de los estudiantes a los órganos máximos de gobierno, tanto en las facultades como a nivel central, coincidió con una reorientación de sus gremiales, nucleadas desde 1929 en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), hacia la izquierda de predominancia marxista y rápidamente pro cubana.²⁹ Esto ocasionó el temor y el rechazo de muchos universitarios en principio favorables a la participación estudiantil, y desató una campaña encarnizada por parte de sectores políticos vinculados a las alas más conservadoras de los partidos tradicionales, que veían disminuir sus posibilidades de mantener el modelo de la institución como formadora de profesionales y cuadros dirigentes de empresas públicas y privadas. Surgieron, a su vez, propuestas de modernización de la educación superior en el país que cuestionaban el lugar monopolístico de la UdelaR y apuntaban a reestructurar el sistema educativo en base a criterios de eficiencia de corto plazo definidos por las necesidades del mercado.³⁰ Las tensio-

nes con esos sectores, de creciente influencia en el gobierno nacional con los ejecutivos colegiados de mayoría blanca entre 1959 y 1967, se expresaron muchas veces en recortes y atrasos presupuestales que dificultaron el funcionamiento de la institución, redoblaron el ánimo de enfrentamiento de sus integrantes y terminaron reforzando la imagen de caos, ineficiencia, masificación y extrema politización que esos mismos grupos difundían.³¹

Estos debates, por otra parte muy similares a los que se procesaban en la región, no condujeron en Uruguay, como lo hicieron en varios de esos países, a la efectiva diversificación del sistema terciario ni en lo que hace a su cobertura geográfica ni en lo relativo a la participación privada.³² La UdelaR siguió siendo la única institución de su tipo en todo el período que nos ocupa y sobre ella recayeron, una y otra vez, todas las quejas y esperanzas entonces depositadas en el papel de la educación superior en el desarrollo nacional. Ese contexto ayuda a entender algunas de las ramificaciones de las polémicas sobre financiamiento externo, especialmente porque en ellas se desplegó el abanico de críticas, por izquierda y por derecha, al persistente modelo federativo y profesionalista de

para el desarrollo, 1968-1970", En *Contemporánea*, 4, 2013, pp. 99-123.

³¹ El Partido Nacional o Blanco es uno de los dos partidos tradicionales del sistema político uruguayo junto con el Partido Colorado. Este partido tuvo mayoría en el Poder Ejecutivo de integración colectiva o colegiada entre las elecciones nacionales de 1958 y las de 1966. Por este tema, ver M. Broquetas, *La trama autoritaria: derechas y violencia en Uruguay, 1958-1966*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2015.

³² Para Argentina, ver P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas* y especialmente L. G. Rodríguez y G. Soprano, "La política universitaria de la dictadura militar en la Argentina: Proyectos de reestructuración del sistema de educación superior (1976-1983)", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2009. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/56023>. Por un enfoque regional comparativo, ver J. J. Brunner y A. Barrios, *Inquisición, mercado y filantropía: ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

²⁹ Ver M. Van Aken, *Los militantes: una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*, Montevideo, FCU, 1990, pp. 171-195.

³⁰ Ver M. E. Jung, "De la Universidad del Norte a la Universidad

la universidad nacional.

Efectivamente, las controversias de la comunidad universitaria sobre las implicancias de aceptar ayuda económica extranjera para mejorar el desempeño de su casa de estudios se sumaron a ese trasfondo contencioso. Las que trascendieron las paredes de la institución hacia espacios de debate público, como las que analizo en mi último libro, abarcaron disciplinas tan diferentes como la matemática, la obstetricia y la sociología y pusieron en entredicho la recepción de fondos de organizaciones internacionales, fundaciones de asistencia y diferentes gobiernos que en la década anterior habían apoyado proyectos en distintas áreas del conocimiento sin mayores problemas. Las ofertas de estas fuentes de financiamiento habían crecido exponencialmente en esa etapa; primero, en base a la Filantropía de los últimos años de la política de “buena vecindad” y luego, de la mano de las nuevas políticas de Estados Unidos de prevención de los estallidos revolucionarios en base a programas de asistencia, tal como terminó de articular la Alianza para el Progreso (AFP, por su sigla en inglés).³³ En Uruguay, como en otros países latinoamericanos que atravesaban tiempos de crisis económica y recortes presupuestales del gobierno nacional, fue creciendo la avidez por estos recursos, aunque el pequeño país sudamericano nunca estuvo entre las prioridades de esas agencias por diferentes razones de importancia geopolítica y desarrollo institucional.³⁴

De todos modos, en un medio estrecho y empobrecido, aumentaron también entonces los cuestionamientos a las condiciones explícitas e implícitas en este mo-

derado flujo de dinero. La actitud de alerta tenía bases en el acendrado anti imperialismo de amplios sectores intelectuales y estudiantiles que, habiendo partido en muchos casos del “tercerismo”, una posición meditada y doctrinariamente equidistante frente a los poderes de la naciente Guerra Fría, habían consolidado su rechazo a las políticas de Estados Unidos en la región con sus intervenciones en Guatemala (1954), Cuba (1961) y República Dominicana (1965).³⁵ Esa desconfianza fue alimentada al promediar los 60 con el estallido de sucesivos escándalos por las intenciones de proyectos de investigación social muy diferentes pero auspiciados por agencias de gobierno del coloso del norte, como el Plan Camelot en Chile, o por fundaciones de ese mismo origen, como la Ford, en el caso del Proyecto Marginalidades, primero en Chile y luego en Argentina, así como ante las repetidas denuncias de los propósitos normalizadores del peripatético asesor y consultor Rudolph Atcon con respecto a las universidades latinoamericanas.

Para ese entonces, la asociación entre educación y desarrollo había entrado en crisis incluso dentro de las instituciones educativas. He aquí la principal razón de la acentuada beligerancia que encontramos en los debates sobre financiación externa de mediados de los 60 en Uruguay. Mientras desde el gobierno se atacaba a la universidad pública y proliferaban las propuestas de reestructurar el sistema educativo en base a criterios de eficiencia de corto plazo, como las inspiradas por Atcon, crecientes sectores de universitarios comenzaron a propugnar con fuerza, dependentismo mediante, que sólo una transformación radical de sus sociedades permitiría

³³ Para conocer el panorama general del impacto de esas iniciativas en América Latina, ver D. Levy, *To Export Progress: The Golden Age of University Assistance in the Americas*, Bloomington, The University of Indiana Press, 2005.

³⁴ La situación recién cambió en los años 80 con el desarrollo de centros privados de investigación bajo dictadura. Ver *ibídem*, pp. 66-67.

³⁵ Para introducirse en las derivas del tercerismo en esos años, ver X. Espeche, *La paradoja uruguaya: intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2016. Para aproximarse a su surgimiento en medios estudiantiles, ver M. Van Aken, *Los militantes: una historia del Movimiento Estudiantil Universitario Uruguayo*, Montevideo, Fondo de Cultura Universitaria, 2010, pp. 151-169.

modificar verdaderamente el papel de sus instituciones como reproductoras del orden establecido. No se trataba de una singularidad uruguaya o latinoamericana. Por el contrario, los cuestionamientos a las finalidades y modalidades de los sistemas educativos fueron centrales en los explosivos ciclos de movilización juvenil que caracterizaron a las universidades de Europa y Estados Unidos en los "largos 60", especialmente en el llamado "momento 68". Aunque las reformas institucionales y académicas estuvieron en el centro de todos estos eventos, los analistas las suelen mencionar solo como detonantes rápidamente superados de las movilizaciones o como condiciones estructurales que hicieron posible la congregación de personas con disposición a la protesta.³⁶

En el caso latinoamericano, la relevancia de los asuntos que podríamos llamar "académicos" o "educativos" en los movimientos de protesta ha quedado todavía más opacada, como señalamos anteriormente, por una literatura que se ha enfocado en la rápida proliferación de discusiones sobre estrategias revolucionarias, la adopción de métodos violentos y las respuestas cada vez más represivas de los gobiernos hasta llegar a la instalación de los regímenes que conocemos como "nuevos autoritarismos". En mi estudio del caso uruguayo postulo que el análisis de esos procesos (es decir, de la polarización política a nivel local) debe tener en cuenta las dinámicas de reforma institucional que fueron centrales para las cambiantes definiciones políticas e ideológicas de todos los actores universitarios y sus interacciones con

otros sectores movilizados. Esto es clave para entender la evolución de esas protestas, porque los universitarios fueron piezas vitales en la orquestación de esos movimientos, tanto por su militancia concreta como por sus aportes a la formulación programática de sus demandas. Más en particular, me gustaría plantear que la inclusión de las consideraciones sobre las funciones y las formas de organización de los sistemas de educación superior permite percibir intercambios y sistemas coyunturales de alianzas que muchas veces cruzaron las líneas divisorias de las coaliciones y conglomerados políticos de las diferentes izquierdas de la región, y les permitieron actuar en conjunto.

En principio, la constatación de ese fenómeno no debería sorprendernos. En gran medida, la deriva de grandes contingentes de universitarios hacia posiciones cada vez más radicales fue similar a la de otros grupos, en especial artistas y escritores, que pasaron de posturas de "compromiso" con determinados proyectos políticos a un paradójico anti-intelectualismo que profesaba la subordinación de sus prácticas culturales a las necesidades del programa revolucionario, a tono con los lineamientos que emanaban de la dirigencia cubana de la época. Mucho se ha escrito sobre esos procesos de radicalización política que apartaron a los intelectuales y académicos de las redes y espacios tradicionales de producción cultural y los acercaron a diferentes agrupaciones militantes.³⁷ Mucho menos se sabe, en cambio, del papel específico que esos mismos procesos jugaron inicialmente en la formulación de planes de reforma universitaria que, apartándose de los postulados optimistas del desarrollismo y los proyectos modernizadores, trataron empero de ubicar a la investigación científica en el centro de sus intereses reafirmando el papel específico de las instituciones de conocimiento en los procesos de cambio social.

³⁶ Por un estudio que parte de los temas institucionales, ver Ch. Musselin, *The Long March of French Universities*, cap. 3, Nueva York, Routledge Falmer, 2004. Estos asuntos también aparecen explícitamente en P. Bourdieu, *Homo academicus*, especialmente en el capítulo 5 ("El momento crítico"), y en Jeremi Suri (*Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente*), Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003, especialmente el capítulo 3 ("Language of Dissent" y "The Cultural Contradictions of Cold War Education: The Case of West Berlin"), *Cold War History*, vol. 4, nro., 3, 2004.

³⁷ Ver el ya clásico estudio de C. Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

En las discusiones universitarias, como es obvio, pesaban de modo determinante los sistemas de prestigio de base académica o intelectual en sentido laxo, de modo que ciertas voces se amplificaban y ganaban en convocatoria con independencia del respaldo político dentro y fuera de los ámbitos de gobierno de la institución. Este elemento es esencial para entender el recorrido que cuenta mi último libro, porque permitió la concurrencia en materia de política universitaria de muchos actores que no tenían necesariamente las mismas filiaciones político-ideológicas. Así, es posible ir detectando entre los protagonistas de estos debates a varios desencantados del desarrollismo de raíces en el progresismo batllista, junto con comunistas y socialistas de larga tradición en el cogobierno y nuevas generaciones de posiciones más radicales que no dejaron de comprometerse con el diseño de las políticas científicas de la institución.³⁸ Se encuentra también, por izquierda y por derecha, a los desilusionados del tercerismo, ese orgulloso posicionamiento a distancia de los dos poderes de la Guerra Fría que, con sus derivas, había sido tan influyente en los medios estudiantiles e intelectuales en décadas anteriores. Las posiciones de todos ellos frente a la pertinencia de aceptar dinero extranjero fueron cambiando a lo largo de la década mediante discusiones de casos concretos que en un primer momento los ayudaron a elaborar un pensamiento sistemático sobre la necesidad de reformar la institución.

Al final del ciclo que cubre mi investigación, varios de ellos se decantaron por la idea de que solo una embestida revolucionaria permitiría transformar las funciones y estructura de sus instituciones. Pero hubo también mu-

chos que, con matices con respecto a las posiciones optimistas de la posguerra, siguieron apostando a la educación superior como motor del cambio social y trabajaron para promover el desarrollo independiente de la ciencia y la tecnología frente al embate de Estados Unidos y diferentes organizaciones internacionales por influir en esas materias. Y hubo aún otros que, en un contexto cada vez más polarizado, decidieron que estas preocupaciones políticas los distraían de sus verdaderas vocaciones y se abocaron al cultivo de especialidades disciplinares, para lo cual debieron, antes o después, apartarse del cauce del debate universitario, recurrir a otros espacios o esperar a que pasara el temblor. En todos los casos, la intervención de la única universidad del país por parte del gobierno autoritario instalado en 1973 vino a cancelar la posibilidad de continuar una serie de debates que, en términos de los lentos tiempos de los trámites institucionales, era todavía germinal. Del despliegue de esos derroteros individuales y colectivos y de las tensiones a ellos asociadas trata mi estudio sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los años 60.

³⁸ "Batllista" y "batllismo" hacen referencia al nombre del principal líder del Partido Colorado a comienzos del siglo XX (José Batlle y Ordóñez), quien fue presidente del país entre 1903 y 1907 y entre 1911 y 1915, llevando adelante una agenda reformista de visos radicales. Para hacer un abordaje panorámico de ese período, ver G. Caetano (ed.), *Uruguay, reforma social y democracia de partidos, 1880-1930*, Montevideo, Planeta/Fundación Mapfre, 2015.